

LA MODERACION DEL COMUNISMO

EL enfrentamiento del comunismo que hoy llamamos ortodoxo con los grupos situados a su izquierda tiene, como es sabido, más de medio siglo de existencia. Hoy se encuentra en un punto culminante. Los partidos comunistas de los países occidentales se enfrentan con nuevas condiciones de acción política que no son ya las vigentes en la época en que Lenin denunciaba las enfermedades infantiles del comunismo. El capitalismo, la burguesía, han desarrollado formas de defensa tan poderosas que el camino al gobierno por la vía de la revolución directa y abierta parece a los comunistas inviable, siempre que se mezcle con otros factores. Por ejemplo, la elevación de nivel de vida y la desaparición de la miseria, como sucede en los países desarrollados. La renuncia a la revolución en tanto que lucha sangrienta no modifica solamente la táctica inmediata de su actuación, sino que alcanza programas, tomas de posición, consideración de los grandes temas. Es en este punto donde muchos comunistas revolucionaristas se separan y mantienen las premisas antiguas, las premisas de la revolución y la violencia y del asalto al poder. Mantienen como tesis que la vía de la moderación es un simple reformismo, y utilizan como base dialéctica términos que en otros tiempos los comunistas utilizaron con los socialistas. Llamamos y se llaman a sí mismos estos grupos «maoístas» sin una verdadera adecuación a la realidad. Pero acogen así en su nomenclatura las tesis de Mao frente a la coexistencia pacífica de la URSS de que sólo una revolución final cambiará las condiciones sociales del mundo.

LOS partidos comunistas occidentales están haciendo un alarde de moderación política. No están en desacuerdo, ni mucho menos, con las opiniones de la URSS. Proceden de una misma contemplación de

los hechos. Para la Unión Soviética, en una consideración global de los problemas del mundo, se trata de no entender que la actual crisis del capitalismo es definitiva, e incluso de no desear que lo sea. En «Izvestia», el influyente periodista Bovin escribe que «es enteramente probable que el capitalismo sea capaz de dominar el presente período de crisis», y que sería erróneo que la Unión Soviética se lanzase ahora a una aventura creyéndolo así. La advertencia va dirigida sobre todo a ciertos círculos militares soviéticos que intentarían forzar la mano a Brejnev en estos momentos, y que creen que se está colaborando con el capitalismo para mantenerlo (y sin duda es así: la URSS, como ya se ha dicho en estas páginas, teme que la profundidad de la crisis puede provocar una guerra mundial (1)). En una publicación bastante menos leída, en «La clase obrera y el mundo contemporáneo», mensual, estas mismas advertencias se elevan hacia los partidos comunistas de Occidente. La revista es el portavoz habitual del centro de estudios de la situación revolucionaria mundial. El periodista Victor Zorza, que tanto ha trabajado por el entendimiento y la coexistencia entre la URSS y los Estados Unidos, países de los cuales se siente connacional al mismo tiempo, ha descubierto y publicado este texto en el que se dice a los partidos comunistas que estarían equivocados si utilizaran la presente crisis del capitalismo para fomentar la revolución mundial, y pone en guardia a los «extremistas izquierdistas» contra el riesgo de acciones «aventuristas». Considera equivocados a aquellos que creen posible

(1) Véase TRIUNFO, núm. 645. «Capitalismo y comunismo».



Actos como el asesinato del joven fascista griego, por parte de la extrema izquierda, son condenados con el máximo vigor por el partido comunista italiano. En la foto: Yoti, Amendola y Berlinguer, del PCI.



Según Cunhal, la violencia en Portugal parte de la extrema derecha, pero puede producirse gracias «a la demagogia y la cooperación de los izquierdistas seudorrevolucionarios, que intentan corromper la situación económica, social y política».

«encender inmediatamente la energía revolucionaria de las masas trabajadoras».

DOS partidos comunistas que se encuentran en una situación peculiar, el portugués y el italiano, sostienen por sí mismos esas teorías. La peculiaridad de la situación del partido comunista portugués es la que se sabe: el país tiene todavía una inercia hacia la derecha, las presiones internacionales sobre los poseedores del poder para que abandonen a los comunistas o los disocien de su esfuerzo son considerables, y el partido socialista (Marlo Soares), que inició entusiasmadamente la reaparición de abril del brazo de los comunistas, los considera ahora como enemigos. Puede ocurrir muy fácilmente, además, que pierdan las elecciones, que consigan un número muy escaso de diputados en la Constituyente. Podrían tener los comunistas en esta posición de cerco una tentación revolucionaria. Por el contrario, la rehúyen. En la conferencia de prensa del 3 de marzo para proclamar los candidatos del partido a las elecciones, Alvaro Cunhal fue extremadamente duro para el izquierdismo. Según él, la violencia parte de la extrema derecha, pero puede producirse gracias «a la demagogia y la cooperación de los izquierdistas seudorrevolucionarios que intentan corromper la situación económica, social y política», con lo que crean «una crisis artificial y provocan la violencia contra el orden democrático»; contribuyen «a la campaña anticomunista en víspera de las elecciones». Los ataques «ya no se pueden etiquetar como de derechas o de izquierdas; son pura anarquía». Por su parte, las Fuerzas Armadas consideran estas acciones como la obra «de agitadores profesionales a sueldo», que no obedecen a una verdadera ideología: pero no precisan quiénes pagan esos sueldos (2).

EN Italia se pueden encontrar palabras muy parecidas para condenar a la extrema izquierda. La situación italiana tiene sus peculiaridades. La violencia está en la calle, y la violencia es especialmente fascista. En el «Corriere della Sera» del día 5 se escribe que «desde hace una semana la violencia política se impone en Roma, y ciertos barrios de la ciudad se asemejan a las de algunas capitales sudamericanas, donde la guerrilla urbana es el drama cotidiano». «Roma se ha transformado, en el cnetro histórico y en las calles y en las plazas vecinas existe un campo de Marte para las escuadras punitivas neofascistas». En el «Secolo d'Italia» se encuentran las palabras del jefe fascista Almirante: «O el estado encuentra la manera de defender a los ciudadanos, o los

ciudadanos tendrán que defenderse solos»: poco más o menos lo que decía Mussolini en los años veinte, un tipo de consideración del que brotó el primer fascismo que conoció este nombre. Todos estos hechos habían tenido su origen inmediato —aunque haya otros más profundos y más serios por su importancia— en el asesinato de un joven fascista griego por parte de la extrema izquierda.

Y es precisamente el partido comunista italiano quien denuncia con más vigor a esa extrema izquierda. Son, para un editorialista de «L'Unità» —órgano central del partido— «fanáticos al límite del delirio, gente que proclama la lucha armada, ingenuos que se dejan engañar por la desesperación y la fragilidad mental, y también agentes provocadores»: si se condena naturalmente a los fascistas, también «a los fascinerosos de la parte contraria y de igual falta de sentido y de responsabilidad».

NO son palabras muy lejanas a las que pronunciaba en mayo de 1968 el partido comunista francés y el secretario general de los sindicatos de la CGT, Georges Seguy, para contener y dominar a los jóvenes revolucionarios que habían puesto al estado francés del General De Gaulle al borde de un colapso. Pero de un colapso que podía haber terminado, según todas las amenazas, con una intervención directa del Ejército, que de paso hubiese declarado fuera de la ley al partido comunista y a los sindicatos, y que podía haber implantado una dictadura (ni entonces ni ahora, de todas maneras, se puede enjuiciar el futuro ucrónico de esa situación: es decir, quién hubiese ganado la partida en caso de un enfrentamiento revolucionario). Las palabras de mayo del 68, las de Cunhal y las del «L'Unità» ahora, son las mismas: su vocabulario está tomado de las fuentes leninistas, y se refiere a «grupúsculos», «izquierdistas» («gauchistes»), «trotskistas», de «enfermedad infantil», etcétera. Con los agregados actuales de «maoístas», de «revolucionaristas», o de «extraparlamentarios» —denominación en la que se mezclan los extremistas de la izquierda y de la derecha—. Sería un error considerar por la vía simple que estos «marginales» del comunismo oficial son solamente unos fanáticos sedientos de sangre: tienen sus bases marxistas, su formación intelectual, su leninismo, sus lecturas profundas de Mao. En la realidad, son otros comunistas que se consideran a sí mismos más ortodoxos que los partidos mayoritarios.

EN alguna ocasión se ha dicho aquí que la crisis capitalista, social y política (es decir, en este último caso, de las bases gubernativas de la democracia), la falta de soluciones para lo que está entrando a grandes zancadas en nuestras sociedades, puede provocar un endurecimiento de los extremos. Ya está sucediendo. Lo más visible es que los poderes constituidos actualmente vayan a inclinarse hacia los extremismos de la derecha, que a fin de cuentas son sus vanguardias extremas de defensa, que hacia los otros. ■

(2) En las páginas 48-49 publicamos una carta de un grupo de izquierdistas portugueses en respuesta a un anterior artículo de TRIUNFO, y la publicamos, sobre todo, con una intención documental, para que se comprenda cuál es la actitud de dichos grupos en la situación actual: en Portugal y fuera de él.